

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO,"

LAMENTACION DEL MELANCOLICO

I.

No alegra la Sabiduría,
porque la pena es conocer
y causa la melancolía
nuestra sola razón de ser.

El prurito de analizar
nos ha perdido
y el hurañón del anhelo
lanzó nuestra nave en el Mar
Desconocido.....

En la actitud del que va nada espesa
nos embriagamos de teorías vagas,
soñando hacer brotar la Primavera
de la infeción de nuestras propias
(llagas).....

Señor, contra tu Ley pecado habemos
y, en vez del alma dulce que nos diste,
en el día final te ofreceremos
un corazón leproso, viejo y triste!

II.

Dulce Jesús, comprendo; toda sabi-
(dura)
que de tí nos aleja causa nuestra amar-

(gura)
y nuestras alas débiles, sobre la tierra
(obseua),
se agitan vanamente hacia el eterno
(dil).....

Nuestra mentira, nuestra verdad:
(cuanta ironía,
ante el amor que pasa y el dolor que
(perdura,
hasta venir la Reina cuya región som-
(bría)
empieza donde acaba, todo lo que no
(dura).....

Yo también como tú, por piedades
(divinas,
tengo mi cruz y tengo mi corona de
espinas,
una sed infinita que mitigar no puedo.
Y como tú, sollozo, Jesús crucificado;
Padre Mío; por qué me habéis abando-
(nado)?.....

sufro tanto... estoy solo, Señor... y
(tengo miedo!)
Medardo Angel SILVA.

EL SALMO DE LA VIDA ESPIRITUAL

No me digáis en tristes estancias
que la vida es únicamente un sueño
inútil, que el alma dormida es alma
muerta y que las cosas no son lo que
parecen.

La vida es real, la vida es seria
y la tumba no es un término!

No se refiere al alma lo de polvo
eres y polvo serás.

Nuestra ruta, trazada por el destino,
no es sendero de alegría o de
tristeza, sino camino donde la lucha
ha de fortificarnos. Debemos amar
con más valor cada día....

El arte dura, el tiempo vuela, y
nuestro corazón, aunque fuerte y valeroso,
se parece a un tambor con negros crepores tocando fúnebre
marcha y acompañándonos a la sepultura.

En el mismo campo de batalla, en
el vivac de la vida, no permanezcanos
mudos como ganado que se deja conducir.

Héroe, levántate y lucha! No confies
solo en el porvenir, por agrada-
ble y risueño que te parezca.

Qué el pasado fencido entierre su
muerte.

Moveos, moveos en el presente.
Elevad los corazones y que Dios os
guíe. La vida de los grandes hom-
bres debe ser nuestro destino. De este
modo, al morir, dejaremos algu-
na huella en la arena de la vida. Y
otro sé, perdido en la inmensidad
quizás, encontrará estas señales que
sirvan para darle valor.

R. W. LONGFELLOW.

ALMA

Hablando a media voz—sin que nadie la entienda—
Alma, la dolorosa virgen, vapor la senda....
Tiene los bucles rubios, las pupilas azules,
y es casi una ilusión hecha de finos tulles.
Va con los ojos muertos....fijos en el Destino....
Un mal aristocrático su belleza extenua.
Se aleja como un símbolo por el viejo camino
donde cae en monótona vaguedad la garúa....
Un mal aristocrático su belleza extenua....
Espiritualizada, femenina, exquisita,
con las miradas húmedas de emoción infinita,
Alma, la dolorosa, huella su triste yá
con temblores de nervios y sudor de agonía....
La pobre tiene un gesto de perdón para todo.
Santificó su vida con celestes martirios;
y de éste fango humano de miseria y de lodo
ella resurge intacta, con su vestido de lirios!
Alma sueña....Se aleja como una distraída
haciendo un gesto irónico de cansancio a la Vida.
Y en éxtasis supremo, huella la triste yá
con temblores de nervios y sudor de agonía....

José María EGAS M.

EL PEREGRINO

(Inédito)

I.

Soy un pobre peregrino
Que arrastrado sin cesar
Por la fuerza del destino,
Un instante, en su camino,
Se detiene a respirar.

Lejos se halla el patrio suelo
Do no he de volver jamás;
Y aquellos ojos de cielo,
Que eran mi dulce consuelo,
Ya no he de mirarlos más.

Pasó juventud florida
Con mi amor primaveral;
Pasó mi madre querida,
Dejando en mi ánima herida
Un bálsamo celestial;

Y para aliviar mi pena,
Para mi pena aliviar,
En esta playa serena,
Versos escribo en la arena,
Que el viento se ha de llevar.

II.

El tiempo, con raudas alas,
Mi memoria borrará;
En las regias antesalas,
Ni entre sencillas zagalas,
Mi nombre no sonará.

En esta mi suerte brusca,
No he tratado de alcanzar
La gloria que al vulgo ofusca;
Sólo el peregrino busca
Sepulcro do descansar.

Mas al quejido y retumbo
De olas que vienen y van
Dando tumultuoso tumbó;
Antes de seguir mi rumbo,
Como ellas, en rudo afán....

Ay, para aliviar mi pena,
Para mi pena aliviar,
En esta playa serena,
Versos escribo en la arena,
Que el viento se ha de llevar.

Carlos Rendón PÉREZ.

EL TESORO DE JUDAS

Subían a Jerusalén como un vale-
roso ejército desordenado. El Jefe
iba meditando. Sus pies leves, limpia-
dos como peladillas de arroyo. Por
la majestuosa curvatura de sus es-
paldas resbalaba cundenciosamente la
ensortijada bermejaza de su flotante
y alongada cabellera.... Eran más
de trece. De trecho en trecho inter-
trumpían temerosos el paso sobreco-
gidos por un amenazante presenti-
miento.

Los últimos prosélitos seguían, se-
guían sudorosos la caldeada senda
arrastrados quizás por el rumor leja-
no de la divina promesa, besando de-
votamente las impalpables huellas
del anunculado Rabbi que conducían
al reino de Dios.

Dejaban muy atrás las azuladas ei-
mas del Carmelo. Se detuvieron.

Una mujer venida de muy lejos les
salió al encuentro. Se llegó, se arro-
dió, besó la blanca vestidura del
Maestro y la adoró. Jesús la bendijo.

Era la esposa de Zebedeo:

—Señor! df que se sienten estos
dos hijos míos: el uno a tu mano de-
recha, el otro a tu izquierda en tu
reino....

Jesús le presentó su copa de amar-
gura. Los dos hijos de Salomé la acep-
taron y luego los otros, no sin me-
near dudosamente la cabeza. Se acer-
caban a Jerezé.

Pedro dijo entonces:

—Maestro, tenemos hambre. Bu-
nerá que al pie de esta liguera
nos sentemos y nos restituviéramos con
algó. La tarde avanza. Tal ver en

la ciudad no podamos comer nada.
Jesús dijo:

Preciso es. Comed ahora mismo pa-
ra que estés preparadas.

Y volviéndose a Judas Iscariote:

—Estos quieren comer.

Judas retrocedió sorprendido:

—Señor; estamos vacíos; que se

vuelvan a sus hogares.

—Cómo! ni un depósito?

—Ni un denario!

Los demás admirados decían en voz

baja:

—Cómo puede ser! ¿Qué se hi-
cieron las limosnas de Jairo, de Si-
món el Leproso, de Zaqueo?....To-
do se lo ha oído!

Mirándole Jesús compasivamente:

—Mucho te cuesta, amigo. En ver-
dad te digo que has llenado ya....

Es basta.

—En dónde Señor? Lejos de mí

toda clase de usurpación. ¡No me

falta lo mismo que a los demás? ¡No

dejé en mi casa, mi hacienda por se-
gurite, como éstos?

—Cállate, discípulo malo. Sírvete

de ello hasta poco tiempo. Ganarás

más, pero a costa de la sangre inocente.

Después, lo dejarás todo en el

mismo sitio.

NUESTROS POETAS



JOSE MARIA EGAS

El penetrante acento de confiden-
cia en voz baja; la vaguedad melan-
colica; el balbuceo musical y tierno
como queja de huérfanito; la "sole-
dad sonora" de fuentes llorosas, en
compañía de jazmínes moribundos y
azucenas que agitan en el nocte de
sus varas sus incensarios de alabastro;
y todo bajo la Luna hada-má-
drina en una decoración feérica para
el éxtasis de infinito que auspició
Beethoven o la exaltación sollozante
de Chopin y Schumann; las divaga-
ciones sentimentales que motivan los
entos crepusculares saturados de anti-
no perfume, de recuerdos; aquello
a la lírica de este poeta desposado
en la Melancolía y habitual morador
de los jardines lunados de Juan Ra-
món, el de las Arias Tristes.

Cuando todos éramos parladores mí-
mos en las selvas alcineadas de Leau-
rement, paseantes en las campañas
el maleficio de Arthur Rimbaud o
Ibáñez, viajeros extraviados, ebrios
de un maligno liebre de hechicería por
las tenebrosas landas de Rollinat;
mundo, con infantil audacia, tenia-
mos escupidos en nuestros líricos bla-
sones, no el jupiterino cisne wagneriano
y rubeniano, sino el agorero pá-
jaro de la noche cuya inaudita palbra
oyera el vidente yankee de "Annabel Lee"; José María Egas M. era ya el huér-
lano morador de la sibínea torre y compónia poemas bre-
ves que centuplicaban su intensidad
emotiva, deliciados ramilletes de ri-
mas en que las palabras de vagarosas
resonancias tenían la ternura susur-
rante de un párrafo de Shubert a la
sordina.

Al elegir nuestros líricos patronos,
puso él su espíritu melodioso bajo
la advocación del elegíaco efebo de La-
berinto, del Jiménez de la primera
época, del arrullador músico de "Nin-
feas" y "Poemas Mágicos y Dolien-
tes". Y le ha permanecido fiel.

Jean d' AGREVE.

Atento sólo a su interior concierto,
en una como extática embriaguez de
sí mismo; torturando la forma, siem-
pre más áerea, más imponente y
acuciosa, para expresar inextables
matices de sensaciones y refinamien-
tos del pensar; Hamlet lírico, —sin la
aire amargura y la corrosiva ironía,
del formidable "caso" de la clínica
shakesperiana—absorto en devanar
los hilos de paciente auto-análisis,
José María es, en nuestro coro pár-
tico, el hermano menor, el triste, el
recogido, que si enteabre los labios
pálicos es para confidenciarlos su
que melodiosas.

Ne el Taber centelleante de Hugo,
ni los fabulosos montañas de oro del
magnífico egipcio; tampoco la selva
sonora en perpetuo paro de ma-
ravillas, por donde el ojo absorto ve,
en zigzagante galope, el desmele-
nado Pegasi del Rudyard Kipling del
Sm. Chocano porfa-voz del ardiente
corazón de América; su reino es un
parque pequeño, poblado de sombras
de almas, por donde divaga la
del poeta, como un ruiseñor, o más
bien, como una mariposa colectora
de miel y tan blanca y tan fina que se
diría un pétalo caído de la lunar azu-
ca.

Después de algunas décadas de
tiempos los creyentes hubieran invoca-
do a San Judas Iscariote. Pero no
fué así. Judas dió el beso de traición
en la faz podrida del Profeta y el
lobo atrapó al Cordero en la desolada
oscuridad del bosque de Gethsemaní.

Al día siguiente, el Traidor arre-
pendido, desesperado, corrido de su
flagrante atentado corrió a Hanán y
los sacerdotes y los devolvió el dñe-
ro. Lo rechazaron. El, por toda con-
clusión, arrojó en el pavimento del
Templo.

A dónde ir? ¿Qué hacer? Hasta Tsilla, su hechicera sulamita, le ha-
bía abandonado, llevándose des-
pues, al ruido del boulevard, seguirá
hilando en su telar de ensueños, ma-
ravillosos encajes de rimas, y su voz
se oirá siempre, cada vez más pura,
más fina, como la vibración de una
berceuse del poeta músico de los No-
turnos, en una sucesión temblorosa
de lágrimas....

El no hará congregar las muche-
dumbres bajo sus líricos gonfalone-
s, ni acompañará con el arrebato armó-
nico de sus trompetas el desfile glo-
rioso de la Raza: solitario y recogi-
do, como la flor nocturna amadora
del pálido naciente de Tanit, indife-
rente al ruido del boulevard, seguirá
hilando en su telar de ensueños, ma-
ravillosos encajes de rimas, y su voz
se oirá siempre, cada vez más pura,
más fina, como la vibración de una
berceuse del poeta músico de los No-
turnos, en una sucesión temblorosa
de lágrimas....

Corrió y más corrió, huyendo de si
mismo, sin poder apartar de sí el doloroso estruendo de marillazos, golpes,
asomadas, murmullos de gente
concedida y colérica; todo el trágico
drama del Calvario estallaba en su
empedernida sensibilidad y le ahoga-
ba. León horrible y desmembrado,
miraba, miraba doquier con espanto,
con felina fobia; quería gritar, oculta-
rse más adentro la mordiente acusa-
ción del presente y porvenir que le
constreña, cual sierra turpidísima,
enrojeciendo al infinito espejismo
de su visual.

Diyiso un punto. Era un arroyo
lleno de piedras, seca, mustio, como
hogar vacío. Tenía su historia y su
leyenda el torrente de Cedrón. Cuan-
do un profeta pasaba por allí, los san-
caderas frontizos le brindaban des-
canso. Músicos y salmistas colgaron
salterios, flautas y panderos en la
inquietud de sus intrincadas ramas.

Pero todo había pasado. La poesía
oriental se esfumaba de esos floridos
abrigados. Ya no se conmovían las
graciosas galileas de amor y piedad,
cuando saltan a recibir a sus aman-
tes con ramas de romero, terebinto y
óleo de Betania. Solo un árbol de ci-
neps se levantaba más alto en el tor-
tuoso sitio, cercando la pavorosa
agreste del barranco. Y allí la enor-
me piedra filosofal.

Era la tarde de la cena. Jesús en pie delante de los Doce,
les dijo:

—Ustedes no vosotros me entregará-
n que coma, no obstante, conmigo?

—Por ventura yo soy?